

Ernesto Álvarez. *Las máscaras de Islote*. Arecibo: Ediciones Boán, 2005.

Priscilla Rosario Medina*
Investigadora Independiente

Ernesto Álvarez, a partir de un elemento folklórico —la salida de máscaras durante la festividad extendida desde el 24 de diciembre, Nochebuena, hasta el 6 de enero, Día de Reyes—investiga la razón de su manifestación en el barrio Islote de Arecibo. El autor hace acopio de textos que, a manera de antología analítica, muestran el fervor popular por los bailes, las costumbres y los modos de celebrar las fiestas en Puerto Rico a partir del siglo XVIII hasta el presente. Ausculta minuciosamente los orígenes en las fiestas dionisiacas, enfoque acorde con el saber humanístico de su experiencia como profesor de Humanidades en la Universidad de Puerto Rico.

Todo el discurso poético de Ernesto Álvarez es andadura existencial llena de retornos, a la vuelta a lo primario “de viaje por loa piedra”, al rescate de la infancia perdida y al encuentro con las raíces. En este nuevo libro titulado *Las máscaras de Islote*, también es responsable de una libertad esencial: la de la palabra exenta de cualquier servidumbre.

La portada del libro, por demás atractiva, nos ayuda a conectarnos con una especialidad gráfica definida. Están contenidas en ella todas las claves, las señales que le permiten al lector potencial intuir, formular hipótesis sobre el contenido del libro: *Las máscaras de Islote*. Álvarez es el intérprete, el hacedor de la forma y el encendedor de la chispa creadora. Hace acopio de textos, que a manera de antología analítica, muestran el fervor popular por los bailes, las costumbres y los modos de celebrar las fiestas en Puerto Rico a partir del siglo XVIII hasta el presente.

Los enfoques mediante los cuales Ernesto Álvarez observa el devenir histórico de su barrio Islote son varios, complejos y de valores múltiples. Mediante la óptica antropológica, el autor tiende una mirada sobre las familias establecidas en los sectores de Islote y resalta las fuertes raíces en las tradiciones de las parrandas y máscaras mediante las cuales expresan su fe unos, su alegría festiva otros.

Resulta muy difícil precisar cuándo aparecieron las primeras máscaras de Islote. Apunta el escritor: “ha transcurrido demasiado tiempo y no se tuvo en el pasado la curiosidad de documentar con un apunte este raro fenómeno, por lo cual cuanto se quiera tribuir en lo relativo a sus principios, no pasará de ser una inducción razonable” (47).

Las historias hablan de la forma en que se constituyeron los imperios de la tierra, sus conquistas en la guerra, la política implantada en la metrópoli y sus colonias, sus manifestaciones de arquitectura civil, militar y religiosa, sus expresiones artísticas. Ernesto Álvarez, sin seguir un estricto rigor cronológico pero sin apartarse de un método propio de contrapunto en el análisis temático, proyecta en el examen del devenir de su barrio sus amplios conocimientos en artes, música, filosofía y letras.

En el plano topográfico describe el autor, con lujo de detalles, los sitios y sectores de Islote. Nos prepara el ambiente y la atmósfera para la entrada a escena de la máscara porque el desfile de ésta representa parte sustancial del ser humano: obreros, campesinos y pescadores.

Al posar una y otra vez su mirada en las clases populares, exalta el ingenio en la creación de un “teatro del pueblo” mediante el cual la máscara elabora un guión en su mente y lo desarrolla en el escenario de los patios campesinos. Para Álvarez la máscara, en este caso, es el actor o la actriz en su vestuario, bufo o solemne, a tono con el papel que representa.

El intérprete, el narrador de relatos y fábulas, deja paso, nuevamente al poeta para alimentar lo que he llamado en mi estudio sobre su poesía, “la orgía de nostalgias”. Apunta Gaston Bachelard que la primera tarea de un poeta es desanclar en nosotros una materia que quiere soñar. Véase cómo en la pintura de los lugares transmite un retrato vívido del paisaje y la tierra que contempló con arrobamiento desde la infancia. Aflora la nostalgia inevitable porque “los recuerdos rigen... allí donde todo se conjuga”, y porque desde el origen se es “como uno quiera formarse”. Los recorridos por los senderos, carreteras y vías que unen diferentes sectores, las playas donde recrea su niñez y medita, los territorios cenagosos —La Furnia, Potala, Caño Tiburones—por donde se aventura,

disponen, realmente, una jira turística a través de una geografía cercana y a la vez desconocida para tantos.

No pasa por alto Ernesto Álvarez la óptica ecológica. Los lugares descritos, casi siempre con el tinte de nostalgia, presentan una naturaleza pródiga en vegetación autóctona. Los arenales del litoral, las dunas... son vistos con el afecto del eterno poeta. Se añora la preservación de estas fuentes de vida y fomenta el respeto hacia los lugares recorridos por su mirada: sitios propiciadores del desarrollo espiritual de la gente del barrio:

Las primeras máscaras que recuerdo haber visto en mi temprana infancia eran grupos que cantaban aguinaldos, en verdad una parranda mixta, pues unos iban enmascarados mientras los músicos ofrecían su rostro franco a los dueños de la casa a donde llegaban, al parecer para dejar sentada la respetabilidad de las personas así congregadas, lo cual brindaba confianza al que los recibía...

Nunca he podido olvidar aquella primera parranda mixta de máscaras bailando al ritmo de los seises y los sentidos aguinaldos que cantaban los músicos. En tanto, tras cada estrofa, el coro de mujeres repetía el estribillo con voces atipladas unas y otras desgañitadas. La emoción emergía de un sentimiento profundo y parecía aludir a la que venía vestida de saco. (74-75)

Imantado quedó el recuerdo de aquella primera parranda mixta de máscaras bailando al ritmo de los seises y los emotivos aguinaldos:

Como en la vaguedad de un sueño me parece recordar que la aludida Manuela traía en sus manos la estampa de una Virgen Dolorosa que ponía sus ojos casi blancos al volver las pupilas hacia el cielo, como en estado de éxtasis, imagen a la que le había ofrecido la promesa...

Pena profunda sentía por la tal Manuela, una mujer joven, heredera de las bellas dotes con que su madre patria en el continente africano la había beneficiado. Tan fuerte impresión dejaba en mí su figura de ébano ataviada de saco. (76)

La voz autorial, por medio de la escritura, crea un sentimiento de aprecio y respeto por el paisaje y la naturaleza donde nació y creció. Sorprende al lector la justa valoración de las expresiones artesanales de las máscaras de Islote:

Julio Pérez ha sido uno de los enmascarados más creativos aparecidos en Islote. Estaba obligado a serlo: un nuevo año, una nueva temporada de máscaras, era un nuevo reto. Sus primeras caretas estaban construidas de cartón, a partir de una caja de zapatos, ideal por su forma...

Con el tiempo sus caretas fueron variando. A veces llegó a utilizar las máscaras de tela metálica muy fina. En otras ocasiones se valió de una media femenina que le cubría el rostro y la cabeza, con ojos, nariz y boca dibujados sobre la delicada tela. (105)

En uno de sus libros anteriores, *Obertura del mar* (1982), observé con deleite la unión de connaturalidad entre el poeta y el entorno, esa experiencia de ser un enamorado del paisaje constituye, años más tarde, el intimismo espiritual, la quietud profunda y serena que alimenta las pupilas que reposan sobre el entorno isloteño.

En *Las máscaras de Islote* el autor-intérprete le deja al lector un quicio abierto para entrar en el mundo por él creado. Varios motivos lo impulsan a escribir esta obra, sin precedentes en Puerto Rico. El motivo afectivo es valiosísimo pues esa urgencia por el reencuentro con el pasado para auscultar lo innombrado; ese gusto por juntar futuro y pasado en el instante presente, constituyen la búsqueda del orden y sentido a los primeros años de su infancia.

A lo largo de estas 463 páginas un vastísimo panorama de las actividades de las máscaras isloteñas, su sentido y capacidad lo llevan a narrar verdaderos cuentos cuando desea expresar las experiencias transmitidas por los protagonistas de este evento. Relatos como “La máscara de la gallina negra”, “La saga del ejemplar lirio”, “Médico de familia” y “La yeguita meona”, entre otros. Estos relatos sugieren la existencia de un “Decayeron” boricua nacido en Islote. En esta especie de comedia terrenal escrita en pleno XIV, por el genio de Boccaccio, se le llama a las cosas por su nombre en un lenguaje popular picante. Reminiscencias también tienen estos relatos con la picaresca española.

En *Las máscaras de Islote* Ernesto Álvarez retrata el mundo que se devela a los ojos del Puerto Rico de hoy, esos ángulos ignorados del ser puertorriqueño: el hombre y la mujer, tantas veces marginados, víctimas del discrimen y que a pesar de sus desdichas se muestran alegres y tienen el arrojo de lanzar sus risotadas quijotescas. Se funden en un solo propósito el intérprete del pueblo y el poeta en *Las máscaras de Islote* o la memoria recobrada. Este retorno a una inolvidable tradición de pueblo conjugada e

hilada con el recuerdo de la infancia es el encuentro del hijo de Islote con su “natividad” dentro de su espíritu y de su sangre.

* Priscilla Rosario Medina es Catedrática jubilada del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.